

**“TEJER PARA RECORDAR” MEMORIA Y SABERES CAMPESINOS CON
MUJERES TEJEDORAS EN USME.**

**WEAVING TO REMEMBER: MEMORY AND PEASANT KNOWLEDGE WITH
WOMEN WEAVERS IN USME**

**TISSAGE POUR SE SOUVENIR : MÉMOIRE ET SAVOIR PAYSAN AVEC DES
TISSEUSES À USME**

Luisa Fernanda Calderón
calderon.luisa1996@gmail.com

Daniela Álvarez Villamil
daniela-alvarez-1996@hotmail.com
Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá-Colombia.

Fecha de aceptación: octubre 2025 Fecha de publicación: diciembre, 2025

Resumen

Este artículo tiene como propósito analizar la práctica del tejido en la vereda El Destino, Usme, entendida como una expresión de saber campesino que ayuda a conservar la memoria colectiva y a fortalecer la identidad cultural de la comunidad. De manera más concreta, el objetivo específico busca mostrar, a través de un enfoque cualitativo con características de investigación acción participativa, cómo esta práctica se vive en la cotidianidad de las mujeres tejedoras. Para ello se realizaron entrevistas, grupos focales, observación participante y registros fotográficos. Al usar estos instrumentos evidenciamos que cuando ellas se sientan a tejer, no sólo están haciendo una prenda o un adorno: están contando historias, recordando a sus abuelas, compartiendo saberes que han pasado de generación en generación. Cada puntada lleva un pedacito de memoria, de identidad femenina, y se convierte en una forma de enseñar y aprender entre ellas. Por eso, el tejido no es solo una técnica, sino una verdadera pedagogía cultural, una manera propia de educarse en comunidad, de mantener viva la historia y de reconocerse como mujeres valiosas y sabias. Tejiendo, ellas no solo recuerdan, también se fortalecen, se empoderan, se organizan. Así, el tejido se convierte en un acto profundo de resistencia, de amor y de construcción colectiva de memoria.

Palabras clave: Liderazgo; Memoria colectiva; Pedagogía cultural; Saberes campesinos; Tejido.

Abstract

This article aims to analyze the practice of weaving in the village of El Destino, Usme, understood as an expression of peasant knowledge that helps preserve collective memory and strengthen the community's cultural identity. More specifically, the specific objective seeks to show, through a qualitative approach with participatory action research characteristics, how this practice is experienced in the daily lives of women weavers. To this end, interviews, focus groups, participant observation, and photographic records were conducted. Using these instruments, we demonstrate that when they sit down to weave, they are not just making a garment or an ornament: they are telling stories, remembering their grandmothers, sharing knowledge passed down from generation to generation. Each stitch carries a piece of memory, of feminine identity, and becomes a way of teaching and learning among them. Therefore, weaving is not only a technique, but a true cultural pedagogy, a way of educating oneself as a community, of keeping history alive, and of recognizing one another as valuable and wise women. By weaving, they not only remember, they also strengthen, empower, and organize. Thus, weaving becomes a profound act of resistance, love, and collective memory-building.

Keywords: Leadership; Collective memory; Cultural pedagogy; Peasant knowledge.

Résumé

Cet article analyse la pratique du tissage dans le village d'El Destino, à Usme, appréhendée comme une expression du savoir paysan contribuant à la préservation de la mémoire collective et au renforcement de l'identité culturelle de la communauté. Plus précisément, l'objectif est de montrer, par une approche qualitative s'inscrivant dans une recherche-action participative, comment cette pratique est vécue au quotidien par les tisseuses. À cette fin, des entretiens, des groupes de discussion, des observations participantes et des relevés photographiques ont été menés. Grâce à ces outils, nous démontrons que lorsqu'elles tissent, elles ne se contentent pas de confectionner un vêtement ou un ornement: elles racontent des histoires, se souviennent de leurs aïeules et partagent un savoir transmis de génération en génération. Ainsi, le tissage n'est pas seulement une technique, mais une véritable pédagogie culturelle, une manière de s'éduquer collectivement, de perpétuer l'histoire et de se reconnaître mutuellement comme des femmes précieuses et sages. En tissant, elles se souviennent, se renforcent, s'autonomisent et s'organisent. Ainsi, le tissage devient un acte profond de résistance, d'amour et de construction de la mémoire collective.

Mots-clés : Leadership ; Mémoire collective ; Pédagogie culturelle ; Savoir paysan

Introducción

En el contexto rural colombiano, los saberes campesinos han sido fundamentales para la conservación de la identidad cultural, las formas de vida

tradicionales y la memoria de los pueblos. No obstante, estos conocimientos han sido históricamente desplazados por los discursos hegemónicos de la modernidad, que han privilegiado lógicas urbanas y técnicas, desconociendo las formas de conocimiento situadas en el territorio. En este escenario, el tejido se posiciona como una práctica que permite comprender la persistencia de los saberes ancestrales y su papel en la configuración de una memoria colectiva que resiste al olvido y a la homogeneización cultural.

La vereda El Destino, ubicada en la localidad de Usme en Bogotá, es un territorio campesino en el que persisten prácticas culturales ligadas a la tierra, a la oralidad y a los oficios tradicionales, como el tejido con lana de oveja. En este lugar, el acto de tejer no solo representa una actividad productiva, sino una práctica cargada de sentido comunitario y de identidad. A través del tejido, las mujeres de la vereda transmiten conocimientos, historias familiares, símbolos de pertenencia y vínculos sociales que fortalecen la cohesión del grupo. Así, el tejido se convierte en una forma de resistencia cultural, en tanto sostiene una tradición frente a los cambios acelerados del entorno rural y promueve un saber que nace de la experiencia y del encuentro con el otro.

En este sentido, la memoria colectiva es entendida, a partir de Halbwachs (1950), Ricoeur (2000), Assmann (2008), Le Goff (1991) y Jelin (2002), como un mecanismo mediante el cual se construyen, transmiten y resignifican los relatos del pasado que dan sentido a la identidad colectiva. El tejido, en tanto acto simbólico y cotidiano, permite preservar estos relatos, integrarlos al presente y proyectarlos hacia las nuevas generaciones.

Tal como lo plantean estos autores, en la vereda El Destino la memoria no se guarda en archivos ni en libros, sino que circula en los telares, en las conversaciones alrededor del ovillo, en los recuerdos que las mujeres comparten mientras tejen. Son memorias hechas de relatos cotidianos y ancestrales: el

recuerdo de la abuela que enseñó el primer punto, las historias de la niñez en el campo, los cantos que acompañaban la reunión, las penas compartidas en tiempos difíciles, y los momentos de alegría que fortalecieron los lazos entre vecinas.

En cada hilo se guarda el legado de una comunidad que ha resistido al silencio, al olvido y a la invisibilización de los entes reguladores. Los tejidos no sólo abrigan cuerpos, también resguardan historias de lucha, de cuidado, de saberes heredados entre mujeres, de amor por el territorio y de la profunda dignidad con la que las tejedoras construyen comunidad desde sus manos. Cada puntada contiene fragmentos de historia: vivencias familiares, formas de organización comunitaria y valores como la solidaridad, la autonomía y el trabajo colectivo.

En estos espacios se reafirman no solo lo que fueron, sino lo que siguen siendo como comunidad: un tejido vivo de memorias compartidas que sostiene la identidad del territorio. La solidaridad se teje cuando una mujer enseña con paciencia a otra, cuando se comparte el hilo que falta o se acompaña el cansancio con conversación. La autonomía habita en las decisiones que toman para sostener su oficio, en la manera como se organizan sin depender de estructuras externas, reconociendo su capacidad de liderar y de crear.

Y el trabajo colectivo se materializa en cada tejido que nace de varias manos, de muchas voces que acuerdan, se apoyan y construyen juntas. Estas memorias no son del pasado: están vivas en el hacer conjunto, en la confianza que se hila entre ellas y en la fuerza que las mantiene unidas como comunidad. Este artículo quiere mostrar como el tejido, más allá de ser una habilidad manual, es un saber campesino muy valioso que ayuda a conservar la memoria y a fortalecer los lazos comunitarios en la vereda El Destino.

Cuando las mujeres se reúnen a tejer, no sólo están haciendo ruanas, bufandas o bolsos; también están compartiendo sus historias, recordando lo que vivieron con sus madres y abuelas, hablando de cómo se han organizado para

resistir y cuidar su territorio. Tal como afirman autores como Halbwachs, Ricoeur, Assmann, Le Goff y Jelin, la memoria colectiva es esa forma en la que las comunidades recuerdan juntas, resignifican el pasado y le dan sentido a su identidad.

En El Destino, cada tejido guarda algo de esa historia: como se vivía antes, que se valora como comunidad, como se apoyan entre vecinos y como se han mantenido unidas a pesar de las dificultades. Tejer, entonces, no es solo hacer algo bonito; es también una forma de mantener vivos los valores, de enseñar a las más jóvenes lo que significa ser parte de esta vereda y de seguir construyendo, puntada a puntada, el futuro que sueñan juntas. Aquí es donde las voces de autoras como Margarita Serje (2011) nos ayudan a comprender como estas prácticas son formas de pedagogía cultural, ya que transmiten conocimientos y formas de ver el mundo sin necesidad de estructuras escolares. En El Destino, cuando una mujer enseña a otra a tejer, también le transmite formas de habitar el territorio, de nombrar el cuidado, y de mantener vivo un legado comunitario.

Desde el campo de los saberes campesinos, Tamayo Valencia (1997), Gantiva (2018) y Rodríguez Abel (2016) destacan el papel que cumplen las prácticas culturales. En este marco, el tejido se entiende no sólo como un hacer manual, sino como una forma de conocimiento, enraizada en el contexto, transmitida oralmente, cargada de significado y profundamente vinculada al territorio.

Tal como lo señalan estos autores, en El Destino la práctica del tejido ha permitido que las mujeres se posicionen como lideresas dentro de su comunidad. A través del colectivo de tejido que han conformado, han pasado de desempeñar un rol doméstico tradicional a un rol más activo y visible, en el que no solo producen, sino que gestionan, enseñan y sostienen procesos colectivos. Desde su trabajo con mujeres rurales, Claudia Mejía Duque (2017) ha señalado que muchas veces el

liderazgo femenino no se reconoce porque no sigue los patrones de lo político tradicional.

Sin embargo, afirma que las mujeres lideran desde lo cotidiano: organizando, cuidando, resistiendo y tejiendo comunidad. En El Destino, esto se refleja con fuerza: las tejedoras se han convertido en lideresas que sostienen el tejido social de su territorio a través del encuentro, la palabra y la acción colectiva, que no es otra cosa que agruparse con otras personas para pensar, decidir y actuar en función del bienestar común. Es organizarse desde lo que se vive a diario, compartir saberes, apoyarse mutuamente en una lucha por mantener vivas las tradiciones y los vínculos que dan sentido a la vida en comunidad.

La concepción comunitaria de esta investigación es central, ya que los procesos que surgen del tejido no se agotan en lo individual. Son actividades compartidas, espacios de encuentro, diálogo e intercambio de saberes. Desde esta perspectiva, los procesos comunitarios emergen como una categoría clave para comprender cómo se fortalecen las redes de apoyo, cómo se generan relaciones de cuidado mutuo y cómo el saber circula colectivamente.

Tal como se ha evidenciado en la vereda El Destino, el colectivo de mujeres tejedoras no solo produce piezas textiles, sino que construye espacios de confianza, de escucha y de liderazgo compartido. Las reuniones en torno al tejido se han transformado en escenarios donde se tramitan problemas comunes, se proyectan ideas y se siembran sueños colectivos. En estos espacios, las mujeres han logrado consolidar un proceso que va más allá del hacer artesanal: es una práctica que activa vínculos, memoria e identidad comunitaria. Así como lo proponen Serje (2011) y Mejía Duque (2017), estas prácticas visibilizan una forma de rehacerse desde lo cotidiano, donde el liderazgo femenino, la pedagogía cultural y los saberes campesinos se entrelazan en una red de apoyo que cuida, forma y transforma.

Al abordar esta investigación, se optó por un enfoque cualitativo, con elementos de la investigación acción participativa (IAP), lo que permitió conocer de cerca la experiencia de las mujeres tejedoras. Ellas no solo respondieron entrevistas o participaron en actividades, sino que fueron protagonistas activas en todo el proceso. Aportaron sus historias, compartieron sus vivencias y nos guiaron en la reconstrucción de la memoria colectiva del territorio. Se hicieron encuentros, conversaciones y actividades pedagógicas dentro del espacio llamado “Palabra Tejida”, que tuvo lugar en la casa de una de las familias líderes de la vereda. Allí se dio un diálogo muy valioso donde el tejido fue el hilo conductor entre la memoria, la historia y los saberes compartidos.

Fases metodológicas del artículo

La presente investigación se enmarca en el enfoque cualitativo, bajo la metodología de Investigación Acción Participativa (IAP), la cual se sustenta en una postura crítica y situada, que reconoce el saber de las comunidades como válido y transformador (Gantiva, 2018; Walsh, 2013). Esta elección metodológica parte del compromiso ético y político de construir conocimiento en diálogo con las mujeres campesinas tejedoras de la vereda El Destino, Usme, reconociendo sus voces como portadoras de memoria y sentido colectivo. Siguiendo a Tamayo Valencia (1997), se opta por una metodología que responde a la lógica de lo vivido, lo sentido y lo compartido en comunidad, articulando fases flexibles que respetan el ritmo y los tiempos del territorio.

Primera fase: Reconocimiento del territorio y escucha situada

Inspiradas en Rodríguez Abel (2016), esta primera fase implicó un acercamiento sensible al contexto sociocultural de la vereda El Destino. A través de caminatas, participación en espacios comunitarios y observación en talleres de tejido, se desarrolló una escucha atenta de las narrativas cotidianas, entendiendo el territorio como una pedagogía viva (Walsh, 2013). Esta observación participante

permitió establecer una relación horizontal y de confianza con las tejedoras, elemento clave en metodologías participativas. En esta fase se puso en práctica el principio de la “presencia ética” en el trabajo de campo: no observar desde afuera, sino estar con ellas, desde el afecto y la reciprocidad.

Segunda fase: Construcción colectiva y recolección de memorias

Una vez tejido el vínculo inicial, se dio paso a la fase de recolección de memorias, reconociendo, como plantea Halbwachs (1950), que la memoria colectiva se construye en relación con los otros y los marcos sociales. Por medio de entrevistas semiestructuradas y grupos focales intergeneracionales, se rescataron relatos en torno a la transmisión del saber tejido como memoria encarnada y patrimonio cultural (Assmann, 2008; Le Goff, 1991). Esta fase permitió, además, identificar procesos de organización y resistencia comunitaria, en los que el tejido aparece no sólo como técnica, sino como acto político y pedagógico. Tal como señala Jelin (2002), en estos relatos emergen memorias activas que disputan el olvido y recuperan el protagonismo, subrayando la capacidad de las mujeres para tomar decisiones, transformar su entorno y sostener la memoria viva desde sus propios saberes y experiencias.

Tercera fase: Reconocimiento simbólico del tejido como pedagogía cultural

En esta etapa se promovió la resignificación del tejido, es decir, la posibilidad de atribuirle un nuevo significado más allá de su función utilitaria o productiva, reconociéndose como una práctica cargada de valor pedagógico, cultural y comunitario. A través del encuentro, la palabra y la creación, el tejido fue comprendido como un medio de educación no formal, que permite transmitir saberes, contar historias y fortalecer la identidad colectiva. En este proceso, el diálogo con Paul Ricoeur (2000) fue clave para entender cómo los relatos del pasado, encarnados en los hilos y en los gestos cotidianos, otorgan sentido,

construyen memoria y generan una forma de igualdad simbólica entre quienes comparten esas narrativas.

Esta fase se convirtió en un espacio de co-construcción, en el que las mujeres comenzaron a reconocerse no solo como tejedoras de objetos, sino como portadoras activas de saberes y como agentes educativas dentro de su comunidad. Desde sus relatos, experiencias y prácticas, ellas sostienen y transmiten una memoria colectiva que ha sido tradicionalmente desvalorizada. Por eso, en este artículo hablamos de ellas como "tejedoras de memoria", no solo por su habilidad con el hilo, sino por su capacidad de entrelazar recuerdos, valores y aprendizajes que fortalezcan los procesos comunitarios. El tejido, así, deja de ser una técnica aislada y se convierte en una pedagogía cultural viva, situada en la cotidianidad, que forma, transforma y sostiene a la comunidad.

Cuarta fase: Mirar hacia otros territorios para entender el propio

En esta parte de la investigación se amplió la mirada. Con los hallazgos obtenidos en el territorio, se consideró necesario contrastar lo vivido en El Destino con otras voces, recorridos y experiencias similares. Para ello, se inició un proceso de indagación mediante la lectura y el análisis de trabajos, artículos y experiencias que aportaron nuevas perspectivas sobre el tejido como práctica cultural, educativa y de resistencia.

Se revisaron trabajos de grado realizados en Colombia que abordaban experiencias de pueblos indígenas como los wayuu, guajiros y arhuacos, donde el tejido también cumple un papel fundamental. Uno de los estudios más significativos fue elaborado por una estudiante de la Universidad del Atlántico, quien investigó el tejido wayuu y demostró cómo las mochilas representan mucho más que productos artesanales: son vehículos de transmisión de historias, saberes y valores entre generaciones. Al igual que en Usme, en estas comunidades las mujeres lideran los

procesos de enseñanza, desde la conversación cotidiana, la risa compartida y el recuerdo.

Otro trabajo consultado fue desarrollado en la Universidad Nacional y se centró en los arahuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Esta investigación evidenció cómo el tejido se encuentra profundamente vinculado con la espiritualidad, el cuidado del territorio y la memoria de los mayores. Cada diseño y forma tejida posee un significado específico. De manera similar a lo que ocurre en El Destino, las tejedoras otorgan sentido a cada puntada, haciendo del tejido una vía de diálogo con lo ancestral.

Asimismo, una investigación sobre el pueblo guajiro explicó cómo el tejido forma parte de la formación de las niñas desde edades tempranas, y cómo esta práctica fortalece el rol de las mujeres dentro de la comunidad. Este trabajo destacó un aspecto también observado en Usme: el tejido no solo transmite una técnica, sino que también fomenta el liderazgo, el cuidado comunitario y esa sabiduría cotidiana que se va construyendo en el quehacer diario, en la experiencia que dan los años, en las conversaciones con otras mujeres y en el conocimiento que no se aprende en libros, sino en la vida misma.

Más allá del contexto colombiano, se revisaron también investigaciones realizadas en otros países de América Latina, donde el tejido ha sido empleado como herramienta terapéutica para sanar heridas del conflicto armado, como espacio de encuentro intergeneracional o como recurso pedagógico dentro de procesos de educación popular. En Perú, por ejemplo, un colectivo de mujeres tejedoras logró recuperar su historia comunitaria tras episodios de violencia. En Bolivia, por su parte, el tejido se ha incorporado en experiencias educativas para la enseñanza de las matemáticas desde los saberes propios.

Este ejercicio de revisión permitió poner en diálogo la experiencia de El Destino con otras realidades. Aunque cada comunidad tiene su lenguaje, su historia y su

manera particular de tejer, hay elementos que las conectan: la fuerza transformadora de las mujeres, el valor de los saberes ancestrales y el poder del tejido como medio para preservar la memoria, fortalecer la comunidad y educar desde la vida cotidiana.

Quinta fase: “Saberes que no se olvidan: el tejido como memoria viva”

Para entender mejor lo que estaba ocurriendo con las mujeres tejedoras de la vereda El Destino, se hizo necesario mirar hacia otros caminos, escuchar lo que ya habían dicho algunas voces académicas sobre temas como la memoria, la pedagogía cultural, los saberes campesinos, el tejido y el liderazgo femenino. Por ello, era fundamental poner en diálogo la experiencia vivida con otras realidades y pensamientos que permiten ampliar su comprensión y otorgar mayor profundidad al proceso. A continuación, se presentan las categorías centrales que guiaron la reflexión investigativa y su relación directa con lo vivido en la comunidad.

Uno de los puntos centrales de esta investigación fue reconocer cómo las mujeres, al tejer, no solo elaboran objetos, sino también hilos de memoria. Aquí es donde se retoman los aportes de autores como Maurice Halbwachs (1950), quien decía que la memoria no es algo que uno guarda solo en la cabeza, sino que se construye en colectivo, en la convivencia, en los relatos compartidos. En El Destino, cada reunión de tejido era también un espacio para recordar, para hablar del pasado y reconstruir entre todas lo que han vivido como comunidad.

Paul Ricoeur (2000) también ayuda a entender esto al señalar que los recuerdos cobran vida cuando se cuentan. Y eso fue lo que pasó en los encuentros: mientras las mujeres tejían, iban relatando experiencias de su niñez, de sus madres y abuelas, de como ha cambiado la vereda. Era como si cada palabra tejida ayudara a darle forma a la historia del territorio.

Aleida Assmann (2008) aporta una mirada complementaria al hablar de la memoria que se guarda en objetos, en símbolos y prácticas cotidianas. Para ella,

existe una “memoria cultural” que se mantiene viva en cosas como una manta, un bordado o una puntada especial. En la vereda, el tejido no es solo lana: es memoria, es identidad, es una forma de no olvidar.

Y Jacques Le Goff (1991) refuerza esa idea cuando dice que la historia también se guarda en lo que la gente hace, no solo en lo que escribe. En este sentido, las manos de las mujeres tejedoras son como libros abiertos, que cuentan lo que no siempre aparece en los documentos oficiales, pero que se vive en el día a día.

Por último, Elizabeth Jelin (2002) recuerda que la memoria no siempre se construye en igualdad, porque hay voces que han sido calladas o ignoradas. Desde esa mirada, el tejido en El Destino también es un acto de resistencia: las mujeres, al tejer y hablar, están tomando la palabra, reclamando su derecho a recordar y a contar su propia historia.

Desde esa base de memorias tejidas, emerge otra dimensión fundamental: la enseñanza desde lo vivido, aquello que constituye la pedagogía cultural. La enseñanza en esta investigación no se vio como algo que pasa solo en salones de clase, todo lo contrario, se reconoció que las mujeres enseñan desde lo que hacen y viven. Aquí fue clave el pensamiento de Margarita Serje (2011), quien propone que el territorio no es solo un lugar físico, sino una construcción colectiva llena de sentido. En Usme, el tejido es mucho más que una actividad: es una forma de aprender la historia del lugar, de conectar con la tierra, con las otras y con uno mismo.

También se retoma el trabajo de Claudia Mejía Duque (2017), quien ha acompañado procesos con mujeres rurales y ha demostrado que prácticas como el tejido, el cuidado y la agricultura son formas de educación. Ella sostiene que las mujeres enseñan cuando transmiten un saber, pero también cuando fortalecen la identidad, la organización y la defensa del territorio. Eso se evidenció claramente en

El Destino, donde cada puntada era también una lección de vida, una enseñanza comunitaria. No se trata solo de aprender a tejer, sino de comprender lo que hay detrás de cada gesto; la paciencia que implica construir con las manos, la constancia que exige repetir hasta aprender, el valor de reconocer el error y volver a empezar. Cada hilo une no solo colores, sino también historias, silencios y afectos. En ese acto cotidiano, las mujeres enseñan a resistir con dignidad, a apoyarse unas a otras, a recordar sus raíces y a proyectarse juntas. Por eso, el tejido en El Destino se convierte en una forma de pedagogía cultural viva, en la que la comunidad aprende no desde la teoría, sino desde las experiencias y la vida misma.

En este entramado aparece otro eje que no puede dejarse de lado: Los saberes Campesinos que tienen un valor inmenso, aunque muchas veces no sean tomados en cuenta por los saberes académicos. En El Destino, el tejido es uno de esos saberes que han pasado de generación en generación. No se aprende en libros, sino viendo, haciendo y conversando con otras.

Serje (2011) insiste en que estos conocimientos del campo son saberes legítimos, nacidos del territorio, de la experiencia, del contacto con la tierra. Y Mejía Duque (2017) refuerza esta idea mostrando como las mujeres son las principales portadoras de estos saberes, y a través de ellos sostienen la vida familiar y comunitaria. En cada experiencia se veía como las tejedoras no solo sabían tejer, sino también curar, sembrar, cuidar y contar, porque su conocimiento no se limita al hilo y la aguja, sino que abarca muchas otras formas de entender y sostener la vida. Sabían que plantas usar para un dolor, como leer el clima para sembrar, cómo acompañar a alguien en un momento difícil o cómo narrar historias que enseñan y conectan a las generaciones. Todo eso también es tejer, pero con la palabra, con las manos y con el corazón.

Desde allí, el tejido se consolida como una forma de lenguaje; más allá de ser una habilidad manual, es una forma de expresión, de comunicación y de encuentro.

Assmann (2008) y Le Goff (1991) nos ayudan a entender que en cada puntada se guarda una historia, una emoción, un mensaje. En El Destino, el tejido fue la excusa para encontrarse, para hablar de lo vivido, para sanar.

Las piezas que salieron de esas manos no fueron solo mochilas o ruanas, fueron también pedazos de historia, símbolos de lo que significa ser mujer, campesina y tejedora en un territorio como Usme.

Y es precisamente en ese escenario donde se hace visible el poder que tienen las mujeres en su comunidad. Se reconoció el liderazgo, pero no se trató del liderazgo que suele verse en discursos oficiales o en cargos visibles. Claudia Mejía Duque (2017) nos recuerda que muchas mujeres lideran desde lo cotidiano, desde lo que hacen todos los días, aunque ese liderazgo muchas veces pase desapercibido. No están en grandes escenarios ni dando discursos, pero su fuerza está en las cosas simples: en organizar la vida familiar, en acompañar a otras mujeres, en defender el territorio, en sostener la palabra y el cuidado. Son formas de liderazgo que nacen del compromiso con la comunidad y del amor por lo que hacen, y que se expresan en gestos que, aunque parezcan pequeños, mueven montañas. En El Destino, fueron ellas quienes convocaron, cuidaron, enseñaron, tejieron relaciones y sostuvieron la organización comunitaria.

Su liderazgo se vio en los gestos sencillos: en abrir las puertas de sus casas, en animar a otras a participar, en compartir su saber sin esperar nada a cambio. Y todo eso es liderazgo, del que transforma realidades poco a poco, como se teje una manta: con tiempo, cuidado y compromiso.

Sexta fase: Análisis colectivo y resultados

Finalmente, se realizó un análisis cualitativo de la información recolectada, integrando los relatos de las mujeres, fotografías, registros y reflexiones surgidas durante el proceso. Este análisis no fue un ejercicio aislado, sino dialogado con

ellas, quienes validaron y complementaron las interpretaciones propuestas. En este camino se evidenció que el tejido no es solo un oficio o una forma de elaborar prendas o accesorios, sino un espacio donde las historias, los aprendizajes y la identidad de las mujeres campesinas se entrelazan como los hilos mismos.

Desde el primer momento, cuando abrieron las puertas de sus casas y nos ofrecieron un lugar a su lado, el acto de tejer se reveló como un escenario de memoria. Cada puntada guardaba recuerdos familiares, enseñanzas transmitidas por abuelas, saberes cotidianos y experiencias compartidas que no figuran en los libros, pero que son esenciales para comprender la vida en la vereda. Ese saber campesino, que nace de la tierra y de la cotidianidad, se hace presente en cada conversación y en cada tejido, mostrando que el conocimiento no siempre viene de la escuela ni de los libros, sino de la experiencia de cultivar, criar, cuidar y crear. Allí entendimos que las manos campesinas no solo siembran semillas en la tierra, sino también saberes en la memoria colectiva. En este sentido, el tejido se convirtió en un archivo vivo, un resguardo contra el olvido y una forma de conservar la memoria colectiva en el territorio.

A lo largo de las sesiones, el rincón “Palabra Tejida” se consolidó como un verdadero centro de aprendizaje comunitario, donde no hay pizarras ni programas curriculares, pero sí un intercambio constante de saberes. Allí, las mujeres enseñaban desde la práctica, corrigiendo suavemente una puntada, compartiendo un consejo o relatando una historia que transmitía una enseñanza para la vida. El aprendizaje no se reducía a memorizar, sino a observar, preguntar, equivocarse y volver a empezar acompañadas de quienes saben; esta forma de transmisión reafirma lo que la pedagogía cultural plantea, se enseña desde lo vivido, desde el hacer y desde la experiencia cotidiana.

Ese intercambio sencillo y profundo es también un reflejo del saber campesino, que se aprende en comunidad, en medio de los quehaceres diarios, donde cada

error se vuelve enseñanza y cada historia un puente para seguir caminando juntas. En este proceso, no solo se fortalecieron habilidades técnicas, sino también la identidad individual y colectiva, pues cada encuentro reforzaba los lazos de solidaridad, pertenencia y resistencia.

Asimismo, quedó claro que las mujeres tejedoras ejercen un liderazgo pasivo, pero profundamente transformador. Son ellas quienes organizan los encuentros, acompañan a otras en sus aprendizajes y transmiten los saberes que sostienen la vida comunitaria. Su liderazgo no se expresa en discursos o cargos visibles, sino en la capacidad de convocar, cuidar y mantener la cohesión del grupo. Tejer, en este contexto, no solo significa dominar una técnica, sino enseñar a ser parte de un colectivo, a valorar la historia común y a reconocerse como sujetos activos dentro del territorio.

Ese saber campesino que transmiten las mujeres no es un conocimiento estático, sino vivo y dinámico, que cambia y se adapta, pero siempre conserva la esencia de cuidar la vida, el territorio y la memoria. De este modo, el tejido se convierte en una práctica que empodera, que fortalece la voz femenina y que genera espacios de reconocimiento mutuo y de resistencia compartida.

De esta manera podemos concluir que los objetivos planteados para esta investigación se cumplieron de manera significativa. El tejido se reveló como una memoria viva, como un medio de educación cultural y como una práctica que potencia el liderazgo femenino en la vereda. Cada historia compartida y cada experiencia alrededor del telar confirmó que lo que se construía allí trascendía lo material. Se tejía comunidad, identidad y futuro. En pocas palabras, el tejido no solo produce objetos, sino experiencias que educan, conectan y transforman la vida de quienes participan, consolidando un colectivo de mujeres que, con sus manos y su palabra, sostienen y renuevan la memoria campesina de El Destino.

Referencias

- Assmann, A. (2008). *Transformations between history and memory*. *Social Research*, 75(1), 49–72.
- Cuéllar Trujillo, A. C., & Capera Ome, M. A. (2022). *El tejido artesanal como emprendimiento en la mujer wayuu* [Trabajo de grado, Universidad Nacional Abierta y a Distancia]. Repositorio UNAD. <https://repository.unad.edu.co/handle/10596/49562>
- Díaz Fonseca, M. P. (2022). *La pérdida cultural y ancestral del tejido wayuu, a través de la mercantilización de sus mochilas por tejedoras arijunas* [Trabajo de grado, Universidad Externado de Colombia]. <https://bdigital.uexternado.edu.co/handle/001/14254>
- Gantiva, J. (2018). *Pedagogías de la vida: Entre la escuela y el movimiento*. Editorial Desde Abajo.
- Halbwachs, M. (1950). *La memoria colectiva*. Ediciones Universitarias de Buenos Aires.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Le Goff, J. (1991). *Historia y memoria*. Paidós.
- López Ramírez, M. M. (2015). *El arte de tejer mochilas arhuacas: Una experiencia con las mujeres indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta* [Trabajo de grado, Universidad Nacional Abierta y a Distancia]. Repositorio UNAD. <https://repository.unad.edu.co/handle/10596/3827>
- Mejía Duque, C. (2017). Las mujeres en el campo: Saberes, prácticas y procesos pedagógicos comunitarios. En S. Herrera (Ed.), *Educación popular en femenino* (pp. 135–158). Siglo del Hombre Editores.
- Nieto Gutiérrez, C. (2021). *El tejido wayuu: Un arte hacia el desarrollo humano y autodependencia para las mujeres de la etnia indígena, a partir de una comunicación para el cambio social* [Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana]. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/60825>
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Editorial Trotta.
- Rodríguez Abel, G. (2016). *Saberes y experiencias desde el territorio: Pedagogías que caminan*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Sanabria Devia, L. C. (2023). *Tejer mochilas arhuacas: Una forma de resistencia indígena y empoderamiento femenino* [Trabajo de grado, Universidad del Rosario]. <https://repository.urosario.edu.co/handle/10336/39861>
- Serje, M. (2011). *El revés de la nación: Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Universidad de los Andes.
- Suárez Suaza, A. Y. (2023). *El tejido indígena wayuu: Una propuesta comunicativa para la construcción de identidad, memoria y tejido social en niños indígenas wayuu migrantes* [Trabajo de grado, Pontificia Universidad Javeriana]. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/66597>
- Tamayo Valencia, M. (1997). *El pensamiento pedagógico en Colombia: Prácticas pedagógicas y discursos del siglo XX*. Magisterio.
- Walsh, C. (2013). *Pedagogías decoloniales: Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*. Ediciones Abya-Yala.